

discutiremos en la mesa, y verás que si mis monedas están cortadas, mis botellas se conservan llenas.

El rey llamó á un paje y pidió la cena.

Tomando en seguida familiarmente el brazo de Chicot, subió á su gabinete, en donde ya estaba puesta la mesa.

Al pasar por delante del aposento particular de la reina miró hacia las ventanas y no vió luz alguna.

— Paje, — preguntó, — ¿no está en su habitación S. M. la reina?

— S. M., — contestó el paje, — ha ido á visitar á la señorita de Montmorency, que según se dice está muy enferma.

— ¡ Ah ! ¡ Pobre Fosseuse ! — dijo Enrique : — ciertamente que la reina tiene buen corazón. Vamos á cenar, Chicot, vamos á cenar.

XI

La verdadera querida del rey de Navarra.

La cena fué de las más alegres : parecía que Enrique no tenía nada ya de que ocupar su pensamiento ni su corazón, y cuando el Bearnés se hallaba en esas excelentes disposiciones era un buen convidado.

En cuanto á Chicot, disimulaba lo mejor que podía el principio de inquietud que se apoderó de

él á la aparición del embajador de España, que se aumentó en el patio á la distribueión del oro hecha á los mendigos y que no le debaja sosegar.

Enrique había querido que Chicot cenase mano á mano con él; en la corte del rey Enrique ya había sentido una afición por Chicot, una afición de aquellas que toman los hombres de talento por sus iguales, y Chicot por su parte, excepto la embajada de España, los mendigos con sus misteriosas palabras y las piezas de oro cortadas por la mitad, simpatizaba en extremo con el rey de Navarra.

Viendo á éste cambiar de vino y conducirse como buen gastrónomo, resolvió Chicot contenerse un poco, á fin de no perder una sola expresión de las que la libertad de la mesa y el calor del vino inspirasen entre broma y broma al Bearnés.

Enrique bebía puro y á menudo, y de tal modo sabía comprometer á sus convidados, que no permitía que Chicot se quedase más atrás de un vaso de vino contra tres.

Pero ya sabemos que la cabeza de maese Chicot era de hierro.

Por lo que toca á Enrique de Navarra, todos sus

vinos eran del país, y apuraba las botellas como si fueran de suero.

Toda la cena, por supuesto, fué sazonada con los cumplidos que los dos convidados se dirigían recíprocamente.

— ¡Cuánta envidia os tengo, señor! — dijo Chicot al rey. — ¡Qué noble corazón tenéis! ¡Qué existencia tan venturosa es la vuestra! ¡Qué rostros tan encantadores encierra este hermoso palacio, y cuántas riquezas el magnífico país de Gascuña!

— Chicot, si estuviese aquí mi esposa no te diría lo que voy á decirte, pero en ausencia suya puedo confesarte que la más bella parte de mi vida es la que tú no ves.

— En efecto, señor, se cuentan lindas cosas de V. M.

Enrique se arrellanó en su sillón y se acarició la barba sonriéndose.

— Sí, sí — contestó; — ya sé que se asegura que reino más sobre mis vasallas que sobre mis vasallos.

— Así es, señor, y sin embargo me admira mucho.

— ¿ Por qué, compadre mío ?

— Porque tenéis un carácter veleidoso, carácter que forma los grandes reyes.

— ¡ Ah, Chicot ! Te engañas de medio á medio : soy más perezoso que voluble, y todas mis acciones prueban esta verdad : si elijo un amor, siempre es el que encuentro más inmediato á mi persona ; si deseo beber vino, siempre echo mano á la botella que está más á la mano. Á tu salud, Chicot.

— Me honráis demasiado, señor, — respondió Chicot vaciando completamente su vaso, pues el rey le observaba con aquella mirada escrutadora que quería penetrar en todos los corazones.

— Así pues, — añadió alzando los ojos al cielo, — ¿ qué de disgustos y querellas en mi hogar doméstico, Chicot ?

— Ya, ya entiendo, señor ; todas las damas de la reina os adoran.

— Están cerca de mí, Chicot.

— ¡ Hola, hola ! resulta de ese axioma que si habitaseis en San Dionisio en vez de hallaros en Nerac, sería fácil que el rey no viviese tan tranquilo como vive.

Enrique tomó un aire sombrío.

— ¡ El rey ! ¡ Qué es lo que dices, Chicot ! — replicó Enrique de Navarra, — ¡ el rey ! ¿ Acaso te figuras que soy un Guisa ? Deseo poseer Cahors, es verdad, pero es porque Cahors está á mi puerta ; siempre mi sistema, tengo ambición cuando estoy sentado, pero en levantándome ya no deseo nada.

— Por vida de Dios, señor, que esa ambición de poseer todo cuanto alcanza la vista se parece mucho á la de César Borgia, que se apoderaba de un reino ciudad por ciudad, diciendo que la Italia era una alcachofa, que era preciso ir comiendo hoja por hoja.

— Me parece, compadre Chicot, — dijo Enrique, — que el tal César Borgia no era mal político.

— No, pero si un fronterizo muy peligroso y un camarada muy malo.

— ¡ Cómo, cómo ! siendo yo el jefe de los hugonotes, ¿ serías capaz de compararme al hijo de un papa ? Muchas gracias, señor embajador.

— Á nadie os comparo, señor.

— ¿ Por qué razón ?

— Porque se me figura que debe equivocarse

quien os compare á otro que á vos mismo : sois ambicioso, señor.

— ¡ Qué originalidad ! — exclamó el Bearnés : — hé aquí un hombre que á todo trance se empeña en que yo he de desear alguna cosa.

— Dios me libre de ello, señor ; todo lo contrario ; lo que yo deseo es que V. M. no apetezca nada.

— Supongo, Chicot, que nada te llama por de pronto á París, ¿ no es verdad ?

— Nada.

— De modo que vas á pasar conmigo algunos días.

— Si V. M. me hace el honor de desear que le acompañe, mi mayor gusto será permanecer aquí ocho días.

— Ocho días... corriente, compadre Chicot ; dentro de ocho días me conocerás como si fuese tu hermano. Bebamos.

— Señor, no tengo ya sed, — contestó Chicot que empezaba á renunciar á la pretensión que había abrigado de achispar al rey.

— En ese caso te dejo, — repuso Enrique, — porque un hombre no debe permanecer en la mesa cuando nada tiene que hacer en ella. Ea, bebamos.

— ¿ Para qué ?

— Para dormir mejor : este vinillo del país proporciona un sueño delicioso. ¿ Te gusta la caza, Chicot ?

— Poca cosa, señor. ¿ Y á vos ?

— Soy muy aficionado á ella desde que estuve en la corte del rey Carlos IX.

— ¿ Por qué se ha tomado V. M. la molestia de preguntarme si me gusta la caza ?

— Porque he dispuesto para mañana una batida, y cuento con que serás de los nuestros.

— Recibiré en ello grandísimo honor, pero...

— ¡ Oh, compadre ! tranquilizaos, porque esa batida no puede menos de contentar la vista y el corazón de todo hombre acostumbrado á manejar las armas. Yo soy buen cazador, Chicot, y deseo que me veáis en un ejercicio que es mi fuerte. ¿ Qué demonios ! ¿ No habéis dicho que queréis conocerme ?

— ¡ Por el cielo, señor ! Confieso que ese es uno de mis más ardientes votos.

— Pues bien, podrás estudiarme mejor en la caza.

— Señor, estoy pronto á todo cuanto sea del agrado del rey.

— Bueno, quedamos convenidos... ¡ Ah ! Hé aquí un paje que viene á interrumpirnos.

— Algún asunto importante, señor...

— ¡ Asuntos conmigo cuando estoy en la mesa ! Es muy particular que este buen Chicot crea siempre que está en la corte de Francia. Amigo mío, debéis saber una cosa, y es que en Nerac...

— ¿ Qué, señor ?

— Después que uno cena bien, se acuesta.

— Pero, ¿ y ese paje ?

— ¡ Ese paje ! ¿ No puede anunciarnos otra cosa que negocios ?

— Entiendo, señor, entiendo y voy á acostarme.

Chicot se levantó, hizo el rey lo mismo, y se apoyó en su brazo.

Aquella prisa de separarle de su lado pareció sospechosa al enviado del rey de Francia, así como todo cuanto había oído desde la llegada del embajador de España le hacía cavilar : resolvió por lo mismo permanecer en el gabinete todo el tiempo que le fuese posible.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — exclamó vacilando al mismo tiempo : — esto es muy raro, señor.

El Bearnés se sonrió al preguntarle :

— ¿Cuál es lo raro, compadre ?

— ¡ Ira de Dios ! se me va á pájaros la cabeza : mientras he permanecido sentado no ha habido la menor novedad, pero desde que estoy en pie...

— ¡ Bah ! y no hemos hecho más que catar el vino.

— No ha sido mala catadura, señor. ¡ Á eso llamaís catar ! Ya veo que sois un bebedor de primera clase y os rindo vasallaje como á mi soberano y señor natural. ¿ Conque eso es catar, eh ?

— Chicot, amigo mío, — dijo el Bearnés procurando asegurarse por medio de aquellas escrutadoras miradas que exclusivamente le pertenecían si Chicot estaba en efecto borracho ó fingía estarlo, — creo que lo mejor que puedes hacer á estas horas es acostarte.

— Sí, señor, sí ; buenas noches.

— Buenas noches, Chicot, hasta mañana.

— Sí, señor, sí, hasta mañana : V. M. tiene razón, lo mejor que Chicot puede hacer es acostarse. Buenas noches, señor.

Y diciendo y haciendo se tendió en el suelo.

Al ver Enrique la resolución que había tomado su huésped, dirigió una mirada hacia la puerta.

Aunque aquella mirada fué tan rápida como un relámpago, Chicot se apercibió de ella.

Entonces se le acercó Enrique.

— ¡ Tan borracho estás, mi pobre Chicot, — le dijo, — que no reparas en una cosa ?

— ¡ En cuál ?

— En que has tomado la estera de mi gabinete por tu cama.

— Chicot es un antiguo soldado y no repara en semejantes frioleras.

— De modo que tampoco te haces cargo de otra cosa.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ cuál es la segunda ?

— Que espero á una persona.

— ¡ Para cenar ?... Bien hecho ; cenemos pues.

Y Chicot hizo un esfuerzo infructuoso para levantarse.

— ¡ Demonio ! — exclamó Enrique. — ¡ Qué borrachera tan repentina y endiablada es la tuya ! Compadre, vete por todos los santos del cielo, pues ya ves que ella se impacienta.

— ¡ Ella ! ¡ Ella ! — murmuró Chicot. — ¿ Y quién es ella ?

— ¡ Maldecido ! La mujer que estoy aguardando y que está de centinela á esa puerta... allí...

— ¡ Una mujer ! ¿ Por qué no me lo decías, Enriquecito ?... ¡ Ah ! perdón... perdón, pues yo creía... yo creía que estaba hablando con el rey de Francia... Ya veis que me ha echado á perder ese excelente Enriquecito... ¿ Por qué no me le deciais, señor ? Ya me voy, ya me voy.

— Bien, bien, Chicot ; eres un completo caballero : vamos, vamos, levántate y vete, porque pienso pasar una buena noche, ¿ me entiendes ? Una buena noche.

Chicot se levantó y llegó á la puerta dando mil tropiezos.

— Adiós, señor, y buenas noches.

— Adiós, querido amigo, adiós : duerme bien.

— ¿ Y vos, señor ?

— ¡ Chitón !

— ¡ Sí, sí, chitón !

Y abrió la puerta.

— En la galería encontrarás al paje y él te indicará tu aposento. Adiós.

— Gracias, señor.

Chicot salió al fin después de haber saludado en voz tan baja como puede hacerlo un borracho.

Pero no bien se cerró la puerta, desaparecieron todas las señales de embriaguez; anduvo tres pasos, volvió atrás y se puso á observar por el agujero de la cerradura.

Enrique estaba ya abriendo la puerta á la desconocida, que Chicot, curioso como todo embajador quería conocer á todo trance.

En vez de entrar una mujer entró un hombre, y en cuanto se descubrió, Chicot reconoció el noble y severo rostro de Duplessis Mornay, consejero rígido y vigilante de Enrique de Navarra.

— ¡ Ah ! — dijo Chicot entre dientes, — ese va á incomodar á mi pobre enamorado mucho más que mi borrachera.

Pero el semblante de Enrique reveló el mayor contento al ver á su director; estrechó sus manos afectuosamente, empujó la mesa con desdén manifiesto, é hizo sentar á Mornay á su lado con todo el ardor de un amante cuando se acerca al objeto de sus adoraciones.

Parecía que anhelaba oír las primeras palabras

que iba á pronunciar el consejero, pero de pronto y antes que éste desplegara los labios se dirigió á la puerta y corrió los cerrojos con una precaución que dió mucho en que pensar á Chicot.

En seguida fijó sus ardientes miradas en las cartas geográficas, planos y escritos que el ministro fué poniendo sucesivamente á su vista.

El rey encendió varias bujías y comenzó á escribir y á señalar con puntos las mencionadas cartas.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — murmuró Chicot, — hé aquí la buena noche del rey de Navarra. ¡ Ira de Dios ! Si todas se parecen á esta, nada tendrá de particular que Enrique de Valois pase algunas malas.

Al mismo tiempo oyó pasos detrás de él: era el paje que le esperaba en la galería por orden del rey.

Temiendo ser sorprendido si permanecía escuchando por más tiempo, se separó de la puerta y preguntó al paje por el aposento que se le había destinado.

Por otra parte, nada le quedaba ya por saber, pues la aparición de Duplessis le había enterado de todo.

— Seguidme si gustáis, caballero, — le dijo

d'Aubiac, — pues tengo el encargo de conducirlos á vuestro cuarto.

Y en efecto llevó á Chicot al segundo piso, en el cual se había preparado una habitación.

No había ya para Chicot la menor duda, pues conocía la mitad de las letras que componían aquel enigma llamado rey de Navarra. Así pues, en vez de dormirse se sentó en la cama triste y pensativo: en tanto que la luna, blanqueando los ángulos agudos de las azoteas, derramaba como un aguamanil de plata su azulada luz sobre el río y sobre las inmediatas praderas.

— Vamos, vamos, — dijo Chicot; — Enrique es un verdadero rey, Enrique conspira: este palacio entero, su parque, la provincia á que pertenece la ciudad, todo esto es un foco de conspiración: todas las mujeres se dedican al amor, pero al amor político, y todos los hombres abrigan la esperanza del porvenir.

Enrique es astuto, su inteligencia se parece al genio: además, se entiende con la España, que es el país de las intrigas. ¡Quién me asegura que aquella respuesta noble al embajador no fué un medio de ocultar su pensamiento, y que el emba-

jador no estaba enterado por cualquiera seña ó por otra convención tácita, de la cual no podía yo enterarme!

Enrique paga espías, cuyos sueldos corren por su cuenta ó por la de algún agente suyo: aquellos mendigos no eran ni más ni menos que caballeros disfrazados; y las piezas de oro tan artísticamente cortadas, prendas de reconocimientos, contraseñas materiales y palpables.

Enrique finge hallarse loco de enamorado, y mientras se le cree ocupado en los placeres, pasa las noches trabajando con Mornay, que nunca duerme y que desconoce el amor.

Ya he visto, pues, todo cuanto tenía que ver.

La reina Margarita tiene amantes, y el rey lo sabe, los conoce y los tolera, porque todavía tiene necesidad de ella ó de ellos y tal vez de todos á un tiempo. Como no es hombre de armas tomar, es preciso que reclute capitanes, y como tiene poco dinero se halla en el caso de permitirles que se paguen en la moneda que mejor puede convenirles.

Enrique de Valois me aseguraba que no dormía, y por Dios vivo y trino que hará muy bien en no dormirse.

Por fortuna este pérfido Enrique es todavía un buen caballero; al cual ha concedido Dios el genio de la intriga negándole el de la iniciativa. Enrique, según se asegura, tiene miedo á los mosquetazos, y aun se cuenta que cuando, joven aun, fué conducido al ejército, solo podía mantenerse á caballo por espacio de un cuarto de hora.

Y esta no es poca felicidad, porque en los tiempos que alcanzamos, si este hombre uniese la fuerza de acción al talento de la intriga, se haría dueño del mundo.

Existe ciertamente un Guisa que posee las dos cosas, la intriga y el brazo, ó sea la fuerza, pero tiene la desventaja de que todos saben que es hábil y valiente, al paso que nadie desconfía del Bearnés.

Yo soy únicamente quien ha llegado á conocerle á fondo.

Y Chicot al decir esto se restregó las manos.

— Pues bien, — añadió, — ya que he llegado á conocerle, nada tengo que hacer aquí, y por consiguiente mientras él duerme ó trabaja voy á abandonar la ciudad tranquilo y sosegado.

— Se me figura que hay pocos embajadores que

puedan vanagloriarse de haber cumplido terminantemente su misión en un solo día: yo he hecho este milagro.

— Saldré, pues, de Nerac; y una vez puesto en camino, galoparé hasta Francia.

Dijo, y comenzó á calzarse las espuelas que se había quitado poco antes de presentarse al rey.